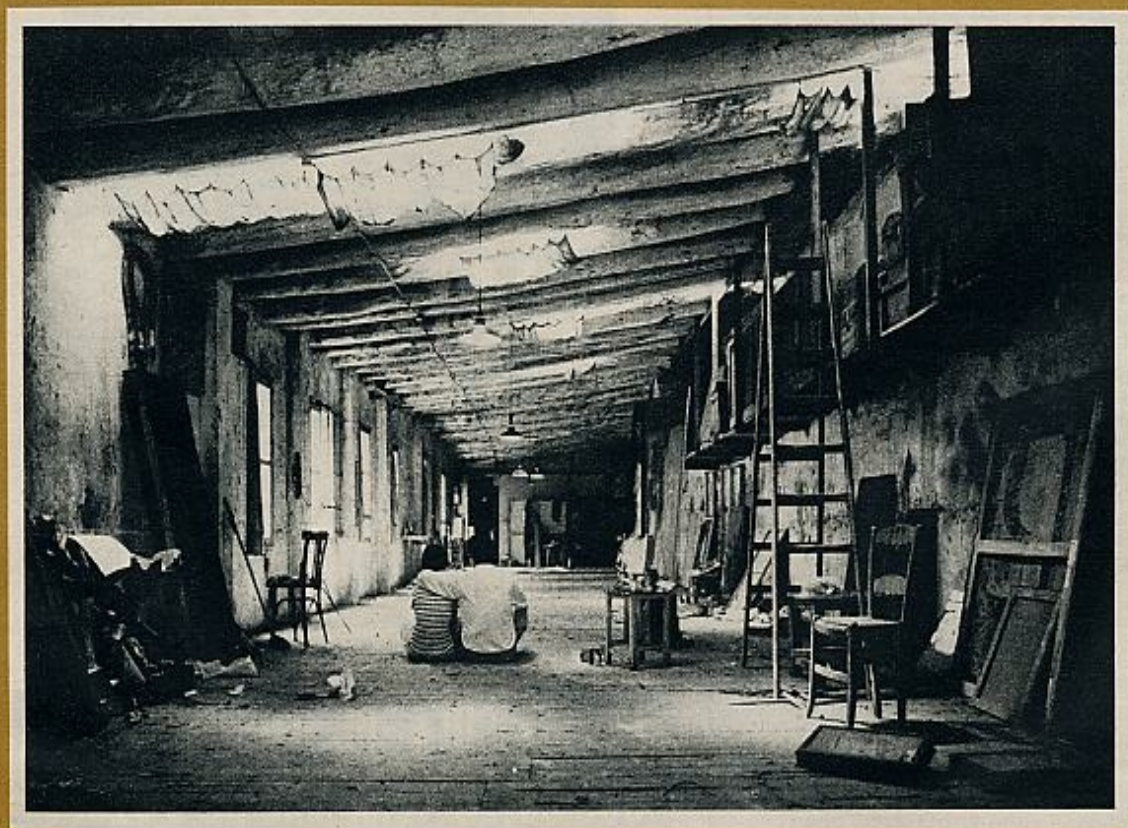


PINTORES EN CADAQUÉS

Tracemos, experimentalmente, sobre un mapa de España, una línea que una Barcelona con Cadaqués. Tracemos luego otra que una a Madrid con Cuenca. Serán dos líneas tan ideales o tan imaginarias como los meridianos y los paralelos. Pero resulta que, rodeando a la primera línea y en el punto final de la segunda podrían ponerse muchos de los nombres más significativos del arte español de nuestros días. Los artistas de Barcelona, marchan, por lo menos en el verano, en la dirección de Cadaqués. Los artistas de Madrid, se van a Cuenca. Esos dos simples datos nos han parecido suficientes para organizar dos reportajes consecutivos. El de hoy, es un periplo de Barcelona a Cadaqués. Próximamente, publicaremos el de Madrid-Cuenca.



Entre Barcelona y Cadaqués, punto inicial y punto final de un periplo veraniego por la vanguardia de Cataluña, se encuentran instalados —aún hoy, a las puertas del otoño— muchos de los más importantes artistas de nuestro momento. Partimos de Barcelona, desde el estudio de Guinovart —a la izquierda—, y terminamos en ese lugar abigarrado que es Cadaqués.



LA pintura catalana es la que posee una más arcaica tradición peninsular. Con frecuencia olvidamos que, cuando Giotto andaba pintando la «Capella degli Scrovegni», ya hacía más de dos siglos que, por los caminos de Cataluña, merodeaban los pintores ambulantes que llevaban todo su taller sobre un macho caminero y que iban ofreciendo la mercancía de su trabajo a los minúsculos burgos que necesitaban pintar con historias bíblicas a sus iglesias recién fundadas.

En nuestros días, la pintura catalana es también la que posee más fuerte tradición de modernidad. No olvidemos el significado de Barcelona, como ciudad configuradora de la vanguardia de Europa, en los años anteriores a la primera guerra mundial. Luego, después de nuestra guerra, Barcelona nos dio también la pauta para un reencuentro con las formas más nuevas del arte de Europa. No olvidemos a su grupo «Dau al set», adelantado del arte de España en los ya lejanos años «cuarenta».

SIGUE



Cadaqués no es sólo un lugar de cita veraniega para la más joven vanguardia de Cataluña. Descubierta hace ya muchos años por el mundo pictórico, a ella acuden, fieles y puntuales a la convocatoria del estío mediterráneo, algunos hombres para quienes la «vanguardia» ya es historia. Arriba, Man Ray, con quien la fotografía adquirió jerarquía de gran arte en la época del surrealismo. Abajo, Marcel Duchamp, el genial iconoclasta pictórico, hoy pacífico jugador de ajedrez.



PINTORES EN CADAQUÉS

Cadaqués, como lugar ideal para el retiro pictórico, no fue descubierto en nuestros días. También como lugar ideal para el retiro pictórico tiene Cadaqués su tradición. (¿Por qué habrá de referirse tanto a la tradición cuando se trata de hablar de Cataluña y de su arte?) Pero sólo en tanto que última residencia de la última vanguardia nos interesa hoy. Allí viven muchos de los artistas más significativos de esta hora tan significativa del arte de Cataluña. Ahora bien, Cadaqués —a 25 kilómetros de la tierra francesa— no es más que el último punto de ese éxodo estival. Entre Barcelona y Cadaqués, y en Barcelona mismo, hay retiros aislados de gente que prefiere trabajar en un lugar paradójicamente menos cosmopolita que el de la pequeña villa mediterránea.

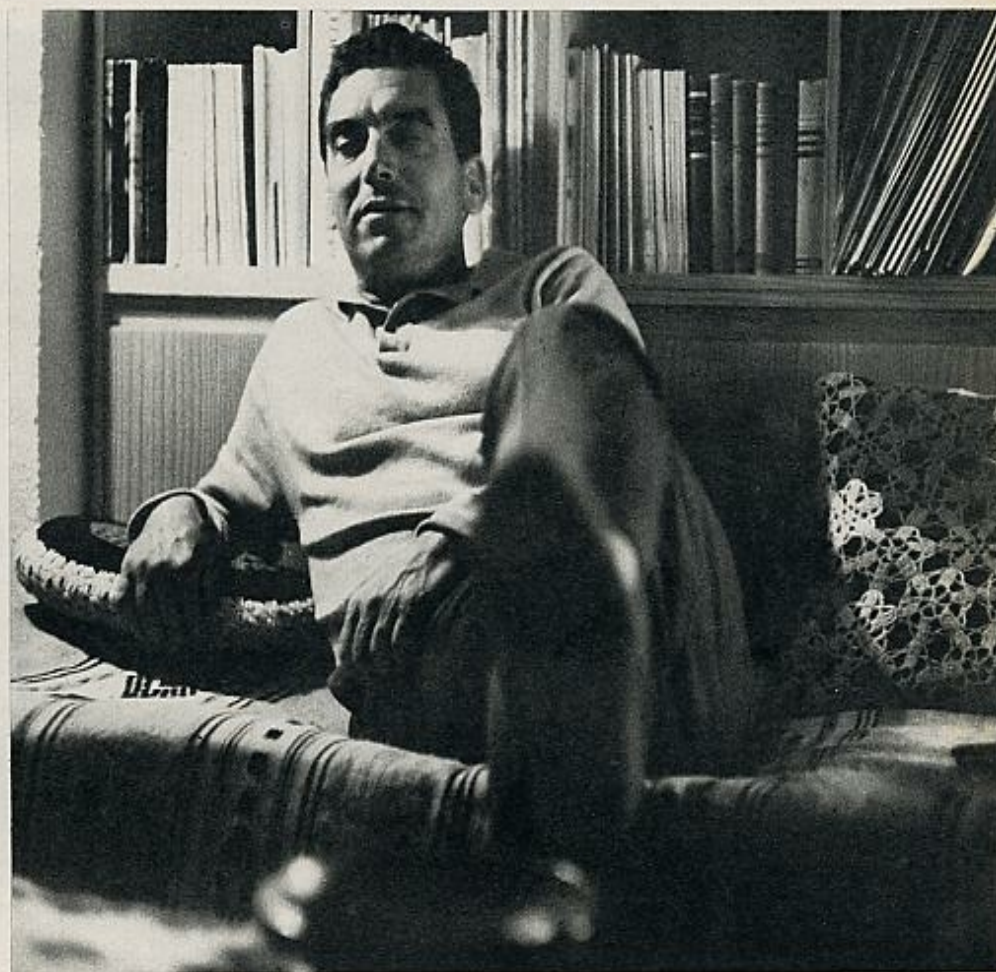
Nosotros, sin seguir estrictamente los caminos de los pintores de hace mil años, hemos peregrinado por esos caminos de la nueva tradición para ver qué es lo que hacen en sus nidales respectivos esos artistas. Naturalmente, no hemos hecho aquí una antología del último arte catalán; simplemente, hemos tratado de hacer una brevísima geografía, apta para el verano.

Poco antes de salir le puse una conferencia a Guinovart: «Llego a las cuatro al aeropuerto del Prat; te espero a las cinco en Canaletas, a la entrada de la Rambla». Luego tendría que justificarme: Canaletas, como todos los lugares de paso, no es ni íntimo ni confortable, pero desde allí se ve nacer a la Rambla, con todo su bullicio, un poco paleta, con sabor al mismo tiempo a provincia y extranjería. A mí me gusta. También me gusta estar con Guinovart. Alguna vez, los españoles que ahora empiezan a comprar pintura se van a dar cuenta de que perdieron el tiempo cuando pudieron comprarle a Guinovart y no lo hicieron. Es que, en el fondo, el oficio de comprador de pintura exige una cierta dosis de «snob» y Guinovart es demasiado auténtico. El tiene el secreto de las cosas plebeyas y populares de nuestro pueblo y sabe hacer de ello materia prima de su arte. Le gusta mojar el pan en la salsa, pero luego eso se le nota a sus cuadros, que no quedan suficientemente pasteurizados de las impurezas de la gleba y que no le sirve a los que quieren una pintura con olor andrógino de la cafetería internacional.

Guinovart llega con su mujer, María Antonia, y con cinco minutos de retraso. Eso de que los catalanes lleguen con retraso me produce un gran regocijo. Para quienes amamos la heterodoxia, eso quiere decir que los principios empiezan a derrumbarse. «Oye, Moreno, ¿has comido alguna vez el conejo a la brasa con allioli». —Por esa vía nos entendemos siempre—. «Esta noche vamos a comerlo».

Guinovart tiene un taller en lo más verídico de Barcelona: en esa geografía de calles inciertas por lo abigarradas, que queda entre La Rambla y Santa María del Mar. Allí se han hecho cuadros y telones para teatro. María Antonia, la mujer que pone orden en la vida de los dos, trata de poner un poco de orden en el taller para que Sánchez Martínez pueda tirar unas fotos que queden bien. Quedarán bien, porque no es posible falsificar tanta huella laboriosa en el estudio menos «decorado» que pueda imaginarse y que, por eso mismo, parece una decoración.

Al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, estábamos desayunando pan con tomate y salchicha blanca en Granollers. Allí mismo estaba el taller de Cumella, el ceramista, pero había



Joan Josep Tharrats fue, en la década de los cuarenta, el más eficaz animador del grupo «Dau al Set». Cadaqués tiene para él y su familia tiblezas confortables, pero todo eso no impide que Tharrats continúe manteniendo fielmente un culto sistemático a todas las arriesgadas actitudes de la vanguardia pictórica.

que esperar a una hora más respetable. Cumella es el otro gran ceramista de Cataluña, —estoy pensando en Llorens Artigas—, y el hombre que quiere trascender la cerámica y convertirla en escultura, de la misma manera que su antepasado cultural, Gaudí, trascendió a la arquitectura.

«Buenos días, Cumella». Cacharros, formas, esculturas, que son cerámicas, cerámicas que son esculturas, una colección de pintura joven en el sótano, un jardín increíble, todo de cactus, piedras y formas cerámicas... Hay que defenderse de la cordialidad de Cumella: «¿por qué no coméis aquí?». A dos pasos está el taller, con los hornos, con los tornos, con los crisoles. Mientras voy adivinando formas, me va diciendo: «pues desde aquí podéis ir a ver a Pepito Llorens Artigas; Gallifa no está lejos, por aquella carretera». No, a hora iremos a ver a Tapias, a Campins, y desde allí iremos a Cadaqués. Al regreso, iremos a ver a Llorens Artigas. «Pues mira, éste es mi mundo, aquí vivo encerrado y el día tiene más horas para mí; voy a Barcelona cuando lo necesito...».

El paisaje ha cambiado algo, ha adquirido leves reminiscencias alpinas en las faldas del Montseny. «¿La casa de Tapias?». «La última por ese camino que sube». Tapias ya nos espera jugando con su perro. Indiscutido ya, Tapias empieza a ser algo así como un clásico de la pintura de nuestros días.

En el jardín, a la entrada, hay olivos y cipreses. Hay también una vieja era. La masía que habita puede haber nacido en el siglo XI o en el siglo XV: la arquitectura verdaderamente popular no tiene fecha. Desde que vi esa conflagración de casa y pintor, me dije: esto merece reportaje aparte. Dentro están Teresa —su mujer— y sus tres hijos. Los muebles, salvo los que representan al «modernismo» catalán (el modernismo y Cataluña son cómplices desde principios de siglo) tampoco tienen fecha; sólo tienen la costumbre de ser catalanes en su forma y en su ejecución desde hace muchos siglos.

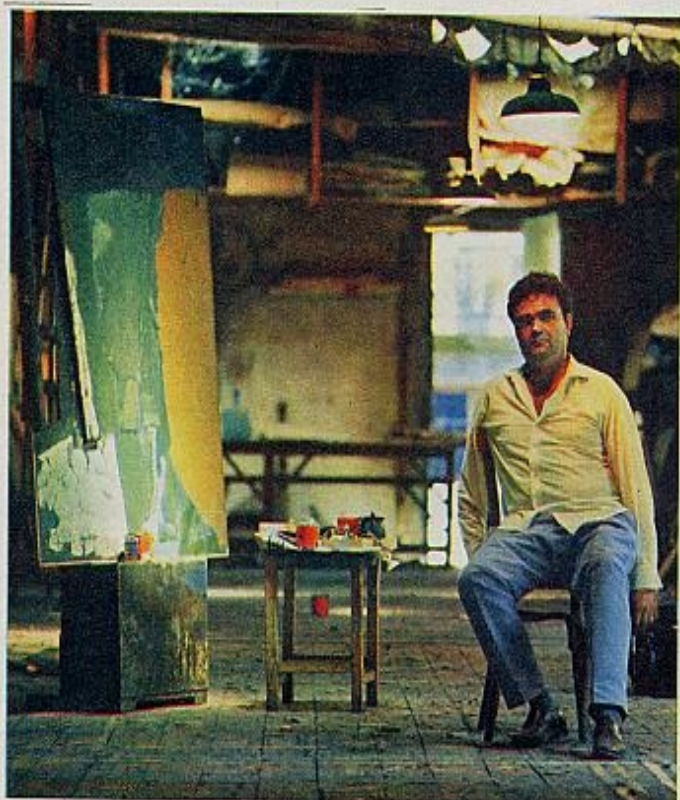
«Pues ya ves, José María, lo que son las cosas: yo nunca compré *Triunfo* porque ese título me olía a fascista». Yo iba sonriendo mientras subíamos a su taller.

Tapias trabaja en Campins durante las vacaciones: «El día que los chicos sean mayores, yo tengo la esperanza de vivir aquí la mayor parte del año». Los cuadros de Tapias —la más importante investigación simbólica y signográfica de la pintura de nuestros días— están, inacabados, sobre la pared. «¿Qué vino preferís, del Priorato o del Vallés?». Es Teresa la que nos habla. Si, de todo esto hay que hablar con más detenimiento.

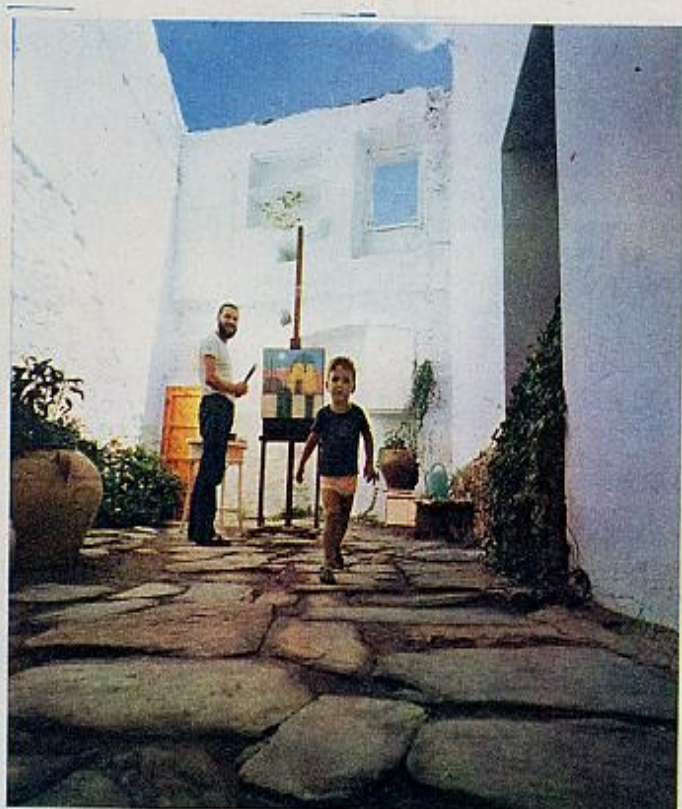
Para quien ama el arte histórico, es duro atravesar Gerona —una de las tierras románicas más ilustres del mundo— sin detenerse. Ibamos a otra cosa. Entre Figueras y Cadaqués, la carretera va ascendiendo por un monte aris-

SIGUE

LUGAR IDEAL PARA EL RETIRO PICTORICO



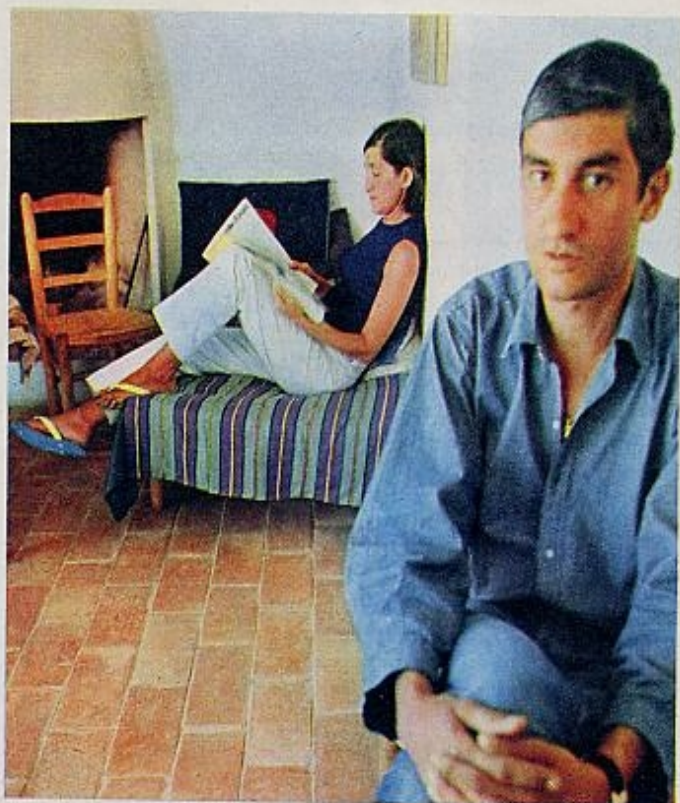
Aún estamos en Barcelona, en el estudio de Gulnovart, enclavado en el barrio más populoso de la gran ciudad. Pocas veces podremos encontrar un taller en donde sea más perceptible el paso —nada estético— del trabajo y de los días. La gran fuerza de la pintura de Gulnovart tiene ahí su justificación.



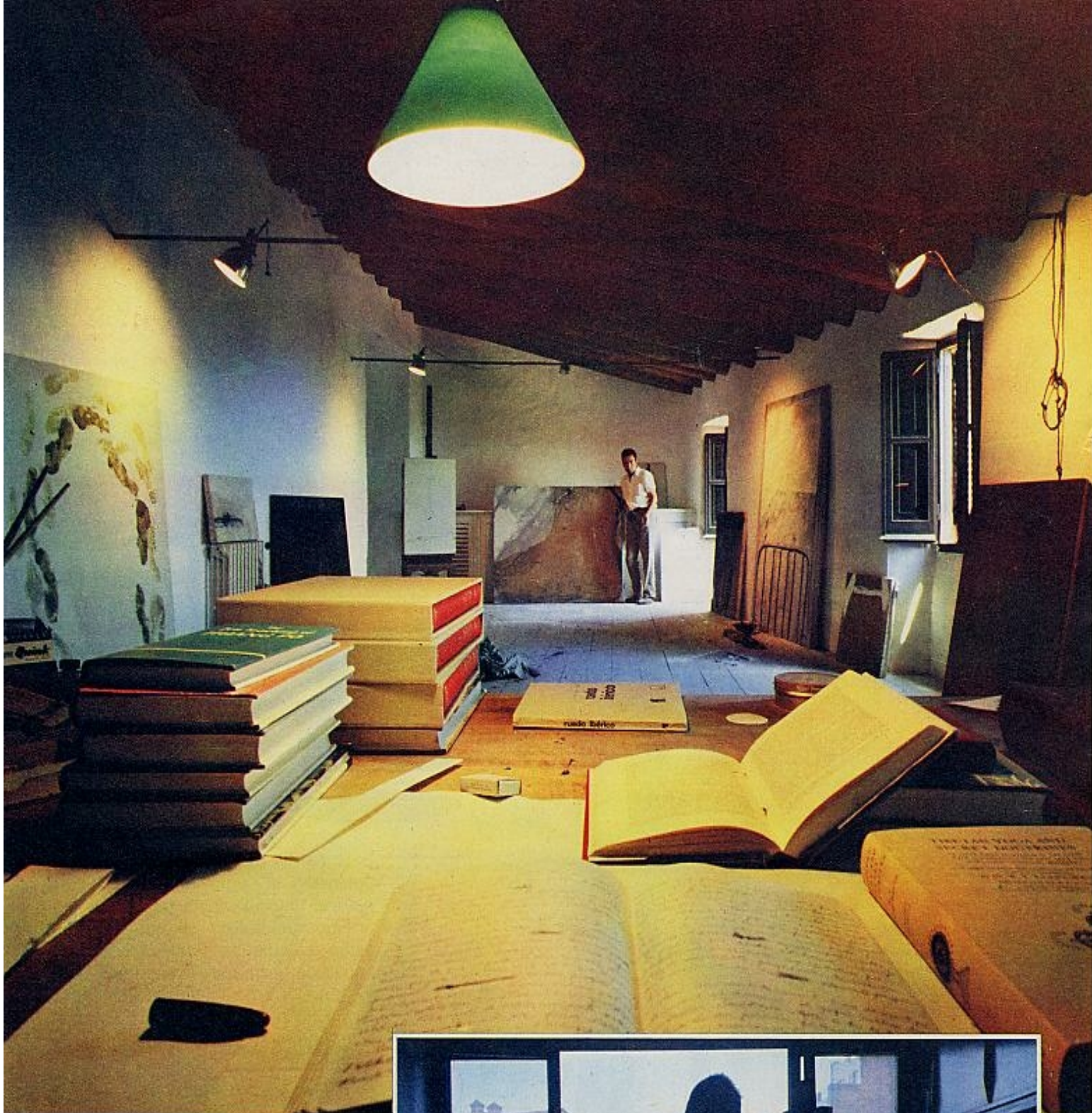
Francisco Todó le pone como ingrediente a su pintura un sabor de norma arquitectónica. En Cadaqués, vive en una casa de líneas muy concretas —realizada con la concreción de la cal y el canto— en cuyo patio —donde lo vemos con su hijo— pone la luz reverberos de un azul fino y matizadísimo.



Este es un matrimonio que vive permanentemente en la cercanía del arte: Mercedes Mollada, la crítica de arte, repasa libros y papeles en el estudio de su marido, el pintor americano Norman Narotzky. Largos años de residencia en España lo identifican con nosotros, pero no deja de ser americano.



Otro matrimonio de artistas acogidos a la serenidad estival de Cadaqués: el compuesto por María Girona, pintora de una de las más líricas y femeninas interpretaciones del paisaje, y por Alberto Rafols Casamada, también pintor, de una estética sobria como la casa de cal y piedra que habitan.



En Campins, en las faldas del Montseny, y en una vieja masía, tiene su taller veraniego el más importante pintor de la nueva vanguardia catalana, Antonio Tàpies. No muy lejos de allí, en Granollers, trabaja y vive el ceramista Antonio Cumellas.

co en el que, sin embargo, los olivos van desparramando la sal de la cultura. Frente a nosotros, contra nuestra dirección, los coches de matrícula extranjera ponen la sal de la civilización. Cadaqués es la geometría en la geología: la arquitectura de planos simples frente a una tierra adusta y bella que parece recién parida. Por sus calles pulula una Europa de calzón corto, mórbida y desmadejada. Paleto de Madrid, yo iba buscando, para defenderme de tanta agresión civilizada, y por la calle de la Tórtola, a una pareja de pintores que es como un remanso familiar: la compuesta por María Girona y Alberto Rafols Casamada. **SIGUE**



¿Qué culpa tiene el salero...



Si la sal es demasiado gruesa o se apelmaza al coger la humedad, es natural que no pueda pasar por los orificios del salero, ya que aquellos están calculados para la sal fina, capaz de permanecer siempre seca y suelta.

Usted no tendrá problemas con salero alguno si usa las especialmente preparadas

SALES DE MESA INGLESAS

**Cerebos
Y SAXA**

EXTRAFINAS

¡Mundialmente famosas por su inigualable calidad!

Ambas marcas propiedad de CEREBOSS LTD.

De venta en todos los buenos establecimientos del ramo.

PINTORES EN CADAQUÉS



Disfrazado con la máscara de Dalí que ya forma parte de su propia naturaleza y, por eso mismo, encarnando la única sinceridad que ya le es posible, Salvador Dalí, doble de sí mismo, cena fuera de su taller en Cadaqués.

María posee una modernidad atemperada por el figurativismo del paisaje y por la visión limpiada de las cosas. Alberto, más conscientemente comprometido con los problemas de una vanguardia que, cuando él la asumió, era radicalmente polémica, lleva hacia su pintura —no figurativa— un sentido tan difícilmente mesurado que casi era insólito en los días más ferozmente aformalista de la Barcelona de hace unos años.

Buscándolos, encontramos a otra pareja: el pintor americano Norman Narotzky y su mujer, la crítica de arte Mercedes Molleda. Cuando comiamos juntos, en el restaurante «Don Quijote» (que no sé por qué creo que se debería llamar Sancho) llegaron los demás: Rafols y María, Paco Todó y su mujer, Tharrats... Nos citamos luego en casa de Tharrats. Nueva planta, arquitectura de hoy, dominando por su amplio ventanal al pueblo y a su mar. Tharrats fue algo así como el cónsul general del «Dan al set» en los tiempos en que aún no se había concedido a sí mismo la licencia para ser pintor. Hoy es uno de los heraldos más dinámicos de la nueva pintura de Cataluña en el mundo.

Pilar, su mujer, me ofrece una copa mientras el pintor me va enseñando su casa. «Aquí pienso traerme parte del archivo». (Tharrats posee el archivo de arte contemporáneo tal vez más completo de España). «Aquí pienso vivir lo más posible porque, hasta ahora, este es el paisaje mejor que he podido descubrir para descansar de la ciudad». Sin embargo, tiene prisa; esa misma noche tiene que salir para Barcelona para atender a un trabajo...

Por la mañana, desayunamos en el tibio hogar de María Girona y Alberto Rafols Casamada. Pocos pintores poseerán un sentido más íntimo,

más lírico, del paisaje que María. Alberto, más «en la vanguardia», pinta relaciones de masas que son relaciones cromáticas llenas de equilibrio. Su casa es, como la pareja de artistas, honrada y transparente: se compra el pan, se hace la comida, se trabaja, a la playa se va, se lee, se mantiene la tertulia con los amigos... «No te creas, en agosto esto es, efectivamente, un caos, pero en septiembre es delicioso porque no hay nadie. Estamos nosotros solos».

Desde abajo, desde el núcleo más civilizado del pueblo, llamamos a casa de Dalí: no está, pero vendrá hoy mismo. Esperamos. Mientras tanto, podemos acercarnos a la casa de Paco Todó.

Hay algo en Todó que atrae. Tal vez su mirada, un poco burlesca, enmarcada en su barba, o un no sé qué de escéptico bienhumorado... No es por eso por lo que, en el panorama de nuestra pintura, Todó es un inclassificado. Pinta unas máquinas como organismos vivientes, que vada vez se van humanizando más, acaso por la cercanía de un paisaje más tiernamente sentido, acaso por la huella de los trabajos y los días. Con su mujer y con su niño vive el verano de Cadaqués en una vieja casa, novísima de líneas porque todo lo auténticamente viejo es actual. Esa geografía atemperada por la razón que es Cadaqués, yo creo que le sirve para su arte, en el que se insinúa siempre una leve sonrisa para la geometría.

Vamos a llamar otra vez a Dalí.

«¿Una entrevista? De acuerdo, mañana a las siete los espero en mi casa». No, señor Dalí, lo siento: mañana a las siete deberemos estar en Madrid. «Pues entonces esta noche. Ceno con una bella señorita en el hostel. Luego de la cena».

Luego de la cena, imposible. Medio mundo hablaba con él. Toda la fauna internacional que pululaba por Cadaqués iba y venía desde su mesa

a las poltronas. Yo tenía interés en hablar con ése ¿«eximio pintor y extravagante ciudadano»? No. «¿Eximio ciudadano y extravagante pintor?». Tampoco. Yo tenía interés en hablar con ese mediocre pintor y genio del surrealismo, o genio a secas. Pero no era posible así. Me levanté y le dije: Dalí, lo siento, pero renuncio a entrevistarle. «Pero si le he dicho que después de cenar y aún no he terminado». Es cierto, pero así no es posible. En otra ocasión lo haré. Para entonces aplazo la justificación de los adjetivos con que aquí le condecoro.

Por allí andaban, indolentes y mucho menos geniales, Marcel Duchamp y Man Ray. La historia del arte contemporáneo y la historia del surrealismo pasa también por ellos; pero ellos, allí, o juegan al ajedrez como en Nueva York o simplemente pasean...

Es una pena. Cuando volvíamos, camino de Barcelona no tuvimos tiempo de llegarnos a Gallifa. Pero José Llorens Artigas bien merece también que un día le dediquemos un reportaje aparte.

JOSE M. MORENO GALVAN

(Fotos: SANCHEZ MARTINEZ)

Próximamente:

**PINTORES EN
CUENCA**